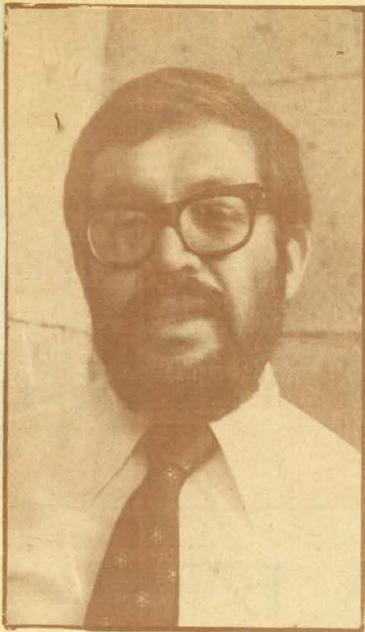


POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La gente común, que sólo tenemos acceso a la información que aparece en los periódicos, y que debemos revisar muchos de ellos para obtener datos que nos ofrezcan una visión menos confusa de la realidad, no podemos, sin embargo, advertir la magnitud de las crisis, porque esa información aparece partida en mil pedazos. Los diarios nacionales, con alguna excepción, casi no se ocupan de incidentes locales, a menos que constituyan estallidos como el de la semana pasada en Matamoros, Tamaulipas.

Si uno tuviera ocasión cotidiana de revisar, por ejemplo, la prensa de Guerrero —tan abundante, y, en general, tan provocadora de depresiones, políticas y profesionales— advertiría la proliferación de notas, ya ni siquiera magnificadas, así de frecuentes se han vuelto, en que se avisa de una balacera en tal pueblo, en que murieron cuatro, diez, quince personas. Ricardo Garibay, que acaba de pasar más de dos meses en Acapulco, me ha anticipado de viva voz los relatos que se propone ofrecer en breve al público, sobre la violencia en aquella entidad... a la que en general pertenecemos ajenos, salvo cuando, por su mayor capacidad de movilización, atañe a sectores como el universitario, que a últimas fechas resiente una persecución sañuda por parte del gobierno local.

El atraso político y la virtual ocupación militar de Guerrero son, ciertamente, excepcionales. Sobre todo la segunda circunstancia, no constituyen, todavía, el promedio de la situación nacional. Pero asusta pensar que nos precipitamos hacia ella. No podemos, a menos de abusar de la lógica, establecer generalizaciones a partir de hechos cuando era líder del PRI: "¡nada de Marx ni de Lenin, puro Díaz Ordaz!") hubiese recomendado su ratificación.

Con aquella recomendación, o aun sin ella, y aunque parezca insólito, también pudo ocurrir otro hecho, cuya admisión es elemental. Tal vez el juicio del presidente sobre Sansores es diverso del de la mayoría de quienes lo han expresado públicamente, es decir lo considera apto para el cargo. Indiscutiblemente el Ejecutivo tiene derecho a su opinión. Sólo habría que hacer notar que un juicio así lo mostraría distante de una opinión más o menos generalizada por lo menos entre los comentaristas políticos; aunque, por más que los periodistas seamos propensos a confundir nuestro pensamiento con el del público al que buscamos servir, es innegable que uno y otro se alimentan recíprocamente.

La mayor parte de quienes reflexionan públicamente sobre la política nacional expresaron, en los últimos 18 meses, juicios adversos sobre Sansores, o vaticinaron su retiro. Dentro del PRI no hubo en absoluto, o casi no hubo, voces disidentes, pero el hecho resulta de la naturaleza misma del partido, pues fue edificado como instrumento para permear hacia abajo las disposiciones de arriba, no para que afluyeran hacia la parte superior las aspiraciones de la inferior.

aislados. Pero haríamos mal en no reconocer las señales que ofrecen acontecimientos recientes que, tal vez, reflejan una pérdida de capacidad de nuestro sistema político para enfrentar las crisis de orden económico y político.

Problemas por completo diversos, los de la mina de La Caridad, en Nacozari, del campamento "Dos de Octubre", en Iztacalco, D.F., y el de Matamoros, son expresión de nuevas formas de comportamiento popular o grupal, ante las crecientes rigideces del sistema. En los tres casos ha habido acciones violentas. Pero no se trata de la inevitable respuesta violenta de gobiernos necesitados de hacer respetar la vigencia del derecho, sino de actitudes que revelan asombro ante la magnitud de los conflictos, sino de incapacidad para hallar mejor respuesta que el garrote.

Esta propensión se refleja también en otros planos. Por ejemplo, en el de la política partidaria. El mes que entra, Carlos Sansores Pérez será confirmado presidente del comité ejecutivo nacional del PRI. Cuando muchos juzgábamos inminente, además de necesaria, su salida de la dirección priísta, resurgió vigorosa su figura, concitando el apoyo casi unánime de sus dirigidos.

Es preciso preguntarnos por el significado de esta decisión. Veamos, en primer término, su origen. Sólo pudo provenir de dos fuentes: el apoyo de la base partidaria o la determinación presidencial. A menos que hubiera sobrevenido un cataclismo que nos hubiera pasado inadvertido, la primera posibilidad no existe. Si los comités directivos estatales y las centrales manifestaron su apoyo a Sansores, fue porque se les mandó que lo hicieran. Importa averiguar, entonces, por qué se les instruyó en tal sentido.

Intentemos, librados a las puras fuerzas de la imaginación, y en el mejor de los casos de la lógica, hallar los motivos de esa instrucción. Quede claro que no disponemos de información sobre el grado en que una de estas posibilidades, que en seguida anotamos, tuvo mayor peso que las otras, en el caso de que, como lo suponemos, varias de ellas hubieran estado presentes en el ánimo de quien tomó la decisión.

(La política de la nación) se hicieron espesos y fueron escuchados. Partiría de allí la resolución de poner al frente del partido a un hombre por completo diverso de Reyes Heróles, y que, caballo del Jaral, no le vaya a la zaga en conocimiento del hacer político.

Asimismo, tal vez el avance de la reforma política obligó a una rectificación de propósitos originales. Quizá se barruntó que incrementar las posibilidades de los partidos minoritarios simultáneamente a la remodelación del PRI lo debilitaría en dos frentes, y se aplazó esta segunda acción. De allí que resultara apropiado para manejarlo un hombre conservador, capaz de dirigir las malas artes con que acaso el PRI deba prolongar su hegemonía.

Sean estos los ingredientes que compusieron la decisión u otros, el resultado es funesto. Ya se va viendo cuál es la política de que es capaz el revalidado: becas y descuentos. Es decir, la caridad en vez de la ideología y la acción política; la petición de favores a los comerciantes en vez de la intervención del Estado en la economía; las ayudas a estudiantes en vez de la reforma fiscal.

De ello, sólo queda un mínimo; pero reconfortante saldo positivo: el decoro, la dignidad de Rodolfo González Guevara, negándose a incorporarse a la cargada.

Artículo sobre el PRI
y Carlos Sansores Pérez

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

La gente común, que sólo tenemos

El existe, Arnulfo Arias. Todavía existe, está en el país, tiene to las oportunidades de actuar políticamente, pero él y sus seguidores no son productos que "calen" dentro de estos casi 350 mil votantes

OMAR TORRITOS: El pertenece a una generación que su pregunta. Concretamente, ¿qué opinión le merece a usted Arnulfo Arias?

ARTÍCULO SOBRE EL PRI Y CARLOS SANSAORES PÉREZ

Pensemos, como se ha dicho, que no había con quién sustituir a Sansores. Hasta pueden citarse circunstancias en que las posibilidades de algunos candidatos naufragaron. De cualquier modo, admitir que ha sido ésta la causa sería una grave ofensa a una enorme cantidad de priístas, seguros muchos de ellos, de tener títulos mejores para dirigir al partido.

La decisión pudo, también, deberse a un mal consejo. El doctor Lauro Ortega, que presidió fugazmente el PRI a la caída de Carlos Madrazo y antes del advenimiento de Alfonso Martínez Domínguez, figura como asesor del presidente. Si no lo es en materia avícola o veterinaria, ha de serlo en cuestiones políticas. Tal vez Ortega (que no tiene, como su tocayo o el carcelero de Hidalgo, una "crianza fina") viendo en Sansores su propio trasunto (mezcla de negocios y política, pragmatismo exacerbado, al punto de hacerlo exclamar, cuando era líder del PRI: "¡nada de Marx ni de Lenin, puro Díaz Ordaz!") hubiese recomendado su ratificación.

Con aquella recomendación, o aun sin ella, y aunque parezca insólito, también pudo ocurrir otro hecho, cuya admisión es elemental. Tal vez el juicio del presidente sobre Sansores es diverso del de la mayoría de quienes lo han expresado públicamente, es decir lo considera apto para el cargo. Indiscutiblemente el Ejecutivo tiene derecho a su opinión. Sólo habría que hacer notar que un juicio así lo mostraría distante de una opinión más o menos generalizada por lo menos entre los comentaristas políticos; aunque, por más que los periodistas seamos propensos a confundir nuestro pensamiento con el del público al que buscamos servir, es innegable que uno y otro se alimentan recíprocamente.

La mayor parte de quienes reflexionan públicamente sobre la política nacional expresaron, en los últimos 18 meses, juicios adversos sobre Sansores, o vaticinaron su retiro. Dentro del PRI no hubo en absoluto, o casi no hubo, voces disidentes, pero el hecho resulta de la naturaleza misma del partido, pues fue edificado como instrumento para permear hacia abajo las disposiciones de arriba, no para que afluyeran hacia la parte superior las aspiraciones de la inferior.

aislados. Pero haríamos mal en no reconocer las señales que ofrecen acontecimientos recientes que, tal vez, reflejan una pérdida de capacidad de nuestro sistema político para enfrentar las crisis de orden económico y político.

OMAR TORRITOS: Si, efectivamente, nuestra Universidad, como todas las universidades de los países en donde se permite la diversificación de ideas, pluralismo ideológico, estalló una de grupos, la

RICARDO ROCHA: Señor general, volviendo a la situación interna de Panamá, hace unos días en la Universidad se enfrentaron grupos estudiantiles rivales, hubo tres muertos, y yo quisiera que usted me hablara sobre esto. Han circulado versiones, me parece que de parte especialmente de Arnulfo Arias -de quien yo, independientemente de esta pregunta, le pediría su opinión sobre él- en el sentido de que hubo agentes especiales de la Guardia Nacional de Panamá, quienes provocaron estos enfrentamientos en los que resultaron tres estudiantes muertos, ¿Nos podría dar su opinión al respecto, señor?

eso consiste la seguridad de que el Canal va a ser transitable. En tiene el visto bueno sin el cariño de los habitantes del país ribereño. Ahora sin el visto bueno de los habitantes del país ribereño. En

No puede ignorarse, por otro lado, el margen de acción propia que puede ejercer el presidente del partido. Esto es, no resulta necesariamente mera pieza intercambiable. Un hombre como Sansores, dueño de vastos recursos económicos, inmerso en un también extenso sistema de amistad y complicidades, viejo hombre del partido y por lo tanto conocedor de los resortes del poder, estuvo quizá en aptitud de forzar su revalidación. Tal hecho supondría un debilitamiento del poder presidencial. Y si su exacerbamiento es nocivo para el afán democrático, mucho más pernicioso será, en esta hora, que disminuya frente a los peores intereses.

También estuvo presente, quizá, la necesidad de restablecer un imaginariamente perdido equilibrio político. Acaso los susurros sobre la fuerza política del secretario de Gobernación (desprovisto, por lo menos ahora, del lastre que significa buscar la mayor meta política de la nación) se hicieron espesos y fueron escuchados. Partiría de allí la resolución de poner al frente del partido a un hombre por completo diverso de Reyes Heróles, y que, caballo del Jaral, no le vaya a la zaga en conocimiento del hacer político.

Asimismo, tal vez el avance de la reforma política obligó a una rectificación de propósitos originales. Quizá se barruntó que incrementar las posibilidades de los partidos minoritarios simultáneamente a la remodelación del PRI lo debilitaría en dos frentes, y se aplazó esta segunda acción. De allí que resultara apropiado para manejarlo un hombre conservador, capaz de dirigir las malas artes con que acaso el PRI deba prolongar su hegemonía.

Sean estos los ingredientes que compusieron la decisión u otros, el resultado es funesto. Ya se va viendo cuál es la política de que es capaz el revalidado: becas y descuentos. Es decir, la caridad en vez de la ideología y la acción política; la petición de favores a los comerciantes en vez de la intervención del Estado en la economía; las ayudas a estudiantes en vez de la reforma fiscal.

De ello, sólo queda un mínimo; pero reconfortante saldo positivo: el decoro, la dignidad de Rodolfo González Guevara, negándose a incorporarse a la cargada.